



Homilía en el Día del Clero – S. Juan de Ávila

En el XXV aniversario de Ordenación episcopal

S. I. Catedral, Orihuela, 10 de mayo de 2021

Hemos sido convocados y reunidos ante el Señor, hoy, con la gozosa circunstancia de la celebración de diversos aniversarios de algunos de los que estamos aquí presentes y que están relacionados con nuestros ministerios en la Iglesia (25, 50, 60 años de ordenación como presbíteros; 25 de mi ordenación episcopal). Y lo celebramos juntos, como hace nuestra Diócesis con los miembros de nuestro Presbiterio para dar gracias a Dios; y esto en nuestra Santa Iglesia Catedral –en el presente año, por motivo del aforo determinado debido a la pandemia- y en el Día del Clero, en el que celebramos a nuestro patrón, San Juan de Ávila. La oración colecta de su misa, que hemos rezado, expresa muy bien el anhelo de fondo de nuestra plegaria a Dios en este día tan entrañable y significativo: “en nuestros días crezca la Iglesia en santidad por el celo ejemplar de sus ministros”.

S. Juan de Ávila fue una de las figuras más representativas de la España del siglo XVI. Vivió circunstancias de gran transformación, tiempo de esperanzas y de dificultades; como han sido los tiempos de nuestros ministerios, en los últimos decenios del siglo XX y en los primeros del siglo XXI. Él vivió el conflicto de su época en lo político, cultural y religioso, intensamente, incluso como víctima. A pesar de ello no fue prisionero de su circunstancia y contribuyó a la revitalización de la Iglesia. Además, como textualmente, señala el Dr. López Santidrian: “Dios lo quiso sacerdote secular, diocesano, sin más aditamentos, quizás para que su ejemplaridad apostólica fuera común o multiforme en el campo del señor” (Última ponencia, II Congreso Internacional, p. 274 de las Actas).

De este experto tomo las ideas sobre S. Juan de Ávila, notando que aunque de él deja constancia de los múltiples aspectos integrados en sus escritos y presentes en sus actuaciones, como el retorno a la Escritura y a la Iglesia primitiva, la búsqueda de la interioridad de la persona, el seguimiento de Cristo, la urgencia de llevar el Evangelio al nuevo mundo descubierto, el ideal del Obispo “pastor”, la revolución educativa a través de colegios mayores o menores, el incremento de universidades o la necesidad de seminarios; en la base de todo ello se da el hecho de que Juan de Ávila es “un

alcanzado por el amor de Cristo”. Como notará en diversos momentos fray Luis de Granada en su “Vida” sobre nuestro santo, éste será objeto de “muy particular llamamiento”, que le lleva a dejar la vanidad del mundo y, desde la experiencia en la cárcel de Sevilla, en la que tiene “un muy particular conocimiento del misterio de Cristo”, reorientar su vida. Una vida que a partir de ahí será toda ella para evangelizar, predicar, hablar de Dios, una vida conducida por el Espíritu, consagrada a ser apóstol, maestro y padre, a semejanza de lo que dirá S. Pablo (1Cor 4,14); o como dirá el mismo Santo a fray Luis de Granada: “dulce cosa engendrar y traer ánimas al conocimiento de su Criador” (Obras completas de San Juan de Ávila, BAC, carta 1, IV, 7). Palabras que me recuerdan el título de un apartado de “Evangelii Gaudium”, de Papa Francisco: “La dulce y confortadora alegría de evangelizar” (n. 9 ss.).

Bien vivió él, S. Juan de Ávila, aquello que el Evangelio nos acaba de recordar a todos de las palabras de Jesús: “Vosotros sois la sal de la tierra. Vosotros sois la luz del mundo”. Así lo dijo el señor a sus discípulos y nos lo repite a nosotros, sus discípulos de hoy. Sólo Él es por sí mismo sal y luz, nosotros lo somos en cuanto que participamos de Él, unidos a Él. Jesús es la sal de la tierra. Sin Él el mundo es insípido, no tiene sabor de eternidad, y se corrompe, muere, como los alimentos sin conservación posible. La sal de su divinidad, su Espíritu que ha como penetrado en el mundo con su Encarnación y con su Resurrección. En el Bautismo recibimos el Espíritu de Cristo, por ello venimos a ser como Él, sal de la tierra. Y encendemos nuestra pequeña luz en su gran luz. Pero ciertamente la tarea de ser portadores de luz, de su luz, no es fácil. Supone hacer espacio a Jesús en nosotros, vaciándonos cada vez un poco más de nosotros mismos, llenándonos de Él, de lo contrario nos volvemos sal insípida y oscuridad. Se trata pues de reencender nuestra pequeña luz en la llama que es Cristo, eminentemente en la unión con Él que es la Eucaristía.

Estas palabras que van dirigidas a todos, son invitación especial y específica para los consagrados en el Sacramento del Orden para ser, y para servir la luz y el sabor de Cristo de aquellos que se nos han confiado a nosotros como pastores de la Iglesia. Es nuestra vocación, es nuestra gloriosa tarea, por la que venimos a dar gracias a Dios por habernos llamado a ello hace un respetable número de años. Pero además de estar aquí, juntos, como Iglesia diocesana agradeciendo el don de ser obispo o presbíteros para servir al Pueblo de Dios, es menester suplicarle al Señor que mantenga viva la llama de la gracia de nuestra ordenación, pues los tiempos no son fáciles para los ánimos de muchos ministros de la Iglesia, afectados además por la incisiva situación de pandemia. Ante las gracias recibidas, demos gracias a Dios. Ante las circunstancias, pidámonos nueva fuerza e ilusión para que nadie se quede en quejas y lamentos, sino que encendidos con el ardor del Espíritu volvamos al amor primero de la ordenación, volvamos al Amor, al Señor.

Recuerda fray Luis de Granada en su “Vida del padre Maestro Juan de Ávila” (Obras completas – ed. A. Huerga-, XVI, 23), que nuestro Santo “siendo preguntado por un virtuoso teólogo qué aviso le daba para hacer fructuosamente el oficio de la predicación,

brevemente respondió: << Amar mucho a Nuestro Señor>>”. De ahí su apasionada entrega, sostenida por una constante e intensa oración, una característica de toda su vida. Y sostenida y apoyada en una luminosa autoconciencia de la inefable dignidad de lo que es ser sacerdote, como nos recuerda con sus propias palabras la plática del Santo que nos regala el Oficio de lectura de hoy, de su fiesta.

Demos gracias a Dios, precisamente a propósito de estas palabras a las que me refiero, del Oficio de hoy, a las que vale la pena volver muchas veces, para valorar el don inmerecido con el que nos bendijo el Señor con la gracia del Sacramento del Orden. Rememorad con memoria agradecida, repasad los que celebramos aniversario de ordenación, como yo mismo, la lista de tantas gracias recibidas desde aquel día que fuimos ordenados. Por mi parte, no tendré tiempo suficiente en lo que me queda de vida para darle las gracias al Señor que Él se merece. Ordenado Obispo en el día de la Virgen de los Desamparados, nunca he dejado de sentir su amparo, el de ella y el de su Hijo, Nuestro Señor. Y en unos tiempos, sabido es por todos, nada fáciles, siempre lo he encontrado en su Iglesia Santa, en Valencia, en Menorca, en Mallorca, y aquí en Orihuela-Alicante. Y siempre me ha dado el auxilio de hermanos obispos, entonces D. Agustín García-Gasco, D. Carlos Osoro, D. Antonio Cañizares, -como aquí los eméritos D. Victorio, D. Rafael, llamado a la casa del Padre, así como D. Francisco Cases-; el auxilio grandísimo de mi familia especialmente de Amparo y de Leopoldo; la ayuda de santos sacerdotes, auténticos apoyos y algunos auténticos Cireneos de mi ministerio episcopal, como mis Vicarios y otros colaboradores, cuyos nombres bien sabéis; y miembros laicos y consagrados de estas benditas diócesis, como de ésta, la nuestra, que han sido por su lealtad y cooperación, alegría de mi ministerio en tantos momentos, Congresos, Planes, en Visitas Pastorales y en cantidad de tareas y celebraciones compartidas en las que, ciertamente, nos ha visitado el Señor. Gracias.

Me uno a la acción de gracias vuestra, hermanos que celebráis aniversario. Uníos a mi acción de gracias, todos los presentes. Y que esta acción de justicia hacia Dios, hacia quien nos llamó, nos consagró y no nos ha dejado de su mano, sirva para reencender la llama del amor a Él y a su Iglesia, para seguir sirviéndole, para ser “sal y luz”, testigos de su presencia, del consuelo del Resucitado que camina con nosotros, y que en ésta celebración, tras hablarnos al corazón con su palabra y el ejemplo de S. Juan de Ávila, nos permite revivir la fracción del pan, unidos a la acción de gracias al Padre en Él, alimentados con el pan de vida eterna. En Él nos unimos a nuestros queridos difuntos que nos esperan en el cielo, y pedimos por los sacerdotes diocesanos que nos precedieron en el servicio y en la llegada a la Casa del Padre, especialmente estos dos últimos años. Todo lo suplicamos por intercesión de María, madre de Dios y madre nuestra, y por la de su esposo San José, en el Año que le está dedicado. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante